

ISIDORA

Revista de estudios galdosianos



№ 17^o 28 №

De chascarrillos y otras zarandajas²⁸

Dr. don José María Aguilar Ortiz

Médico y escritor

Queridos amigos y compañeros:

Muchísimas gracias por haberme permitido ocupar un asiento entre vosotros y, también, por estar hoy aquí para recibirme.

Es para mí un gran honor incorporarme a esta distinguida asociación de médicos “«la jet de la cultura médica», en palabras de mi amiga Ángela Vian, directora de la Facultad de Bellas Artes de Madrid”, cuyos miembros no limitan su actividad a la práctica de un arte positivo, el más hermoso entre todos los existentes, sino que, además, cultivan otras artes, menos prácticas sin duda, pero asimismo necesarias y valiosas.

Hubiera yo venido a llamar personalmente a vuestras puertas de haber contado con los méritos que se supone acumula un candidato. Pero no dándose esta condición, fui traído del brazo por nuestro amigo Manuel Ambite, quien, inventando méritos y alegando credenciales imaginarias, me convenció de que debía sumarme a la causa de la asociación. Aquí está su mujer, Angelines, para atestiguarlo.

Mucho me consuela saber que mi padrino posee el caudal necesario de cultura para presentarme en los términos más favorables y dispone de un singular talante cómico que le permite responder de este aspirante. Acabáis de comprobarlo.

Cuando recibí la invitación oficial, es decir, la afectuosa carta de la doctora García del Carrizo, me sentí, y así se lo expresé a esta encantadora amiga, como el pasajero del AVE que pagó viaje en clase turista y se encuentra, por equivocación del acomodador, sentado plácidamente en club. Naturalmente, cuando le indican, ya durante el trayecto, que debe cambiarse de sitio, no está dispuesto a hacerlo.

Supongo que una inquietud parecida a la mía han de sentir los académicos electos antes de su recepción oficial. En el caso de estos señores, todos atesoran virtudes innumerables que les hacen dignos del sillón,

²⁸ Discurso de recepción leído ante la Asociación de Médicos Escritores y Artistas, en el Salón de Actos de la Gran Peña de Madrid, c/ Gran Vía n.º 2, el 10 de mayo de 2007. Versión actualizada. Inédito.

facultándoles psicológicamente para dirigirse, desde lo alto, a sus inmortales compañeros.

En el mío, por el contrario —y poned en mi lugar por un solo momento— tenéis ante vosotros a un médico lleno de buena voluntad. Así que, por favor os lo pido, sed benévolos conmigo, si no en nombre de las artes y las letras, al menos en el de la misericordiosa profesión médica.

Antes de continuar, quiero agradecer públicamente a mi hermana Ana Aguilar y al poeta Carlos Murciano (miembro de siete academias) la inestimable ayuda que me han prestado para elaborar este parlamento. Aprovecho para dar las gracias más sinceras a don Carlos, autor del precioso artículo, que, con el título *Memorias del conde de las Navas*, publicó *Abc* el lunes pasado tan oportunamente.²⁹

Pero basta ya de protestas y circunloquios y vayamos al grano, no sea que me suceda lo que a aquel guitarrista que se pasó la noche afinando la guitarra y, al llegar el día sin haberlo conseguido, exclamó: «¡Si no llega a amanecer tan pronto, la dejo como un piano!»

Fue arduo elegir el tema de esta disertación. Hubiera querido dedicarla íntegramente a la memoria de mi padre, pero sucede que la biografía de muchos hombres de bien y de méritos relevantes puede escribirse en una cuartilla; en cambio, para redactar someramente la historia de cualquiera de los que fueron azote de la humanidad se necesitan resmas.

Me viene ahora a la cabeza el caso de Martin Heidegger, el filósofo del ser, quien al comenzar un seminario sobre Aristóteles, solventó la biografía del estagirita limitándose a comentar que nació, trabajó y murió.³⁰

Si recuerdo hoy a mi padre es porque, en cierto modo, estoy ocupando su lugar. Como recordaréis, después de que Agustín Albarracín, su gran amigo, lo trajera de la mano para sentarse entre vosotros, no le quedó tiempo de preparar el preceptivo discurso de ingreso. Ahora ya sabéis cómo me siento. Suplantando a mi padre todos saldremos perdiendo.

Nació José María Aguilar Bartolomé en Madrid, el 21 de febrero de 1922. Dedicó la mayor parte de su vida al ejercicio de la medicina y murió el 29 de diciembre de 1992, víctima de una cruel enfermedad que, aunque se lo llevó

²⁹ MURCIANO, Carlos. *Memoria del conde de las Navas*. En *Abc*, 26 de abril de 2007.

³⁰ MORENO CLAROS, Luis Fernando. *Schopenhauer. Vida del filósofo pesimista*. Alga ediciones. Madrid, octubre 2005. p.15.

a la tumba, no pudo borrar la sonrisa de los labios ni robarle su singular sentido del humor.

«Hijos míos, lo peor no es morir, sino el papeleo», decía refiriéndose a los mil incidentes e incómodos trámites a que se ve sometido un enfermo de su naturaleza, sin esperanza ninguna de mejorar de estado.

«Ya estoy despegando “o calentando motores”, afirmaba riéndose, durante los últimos días, haciendo el gesto de un aviador tratando de levantar del suelo el aparato. En fin, así era mi padre en los malos, malísimos momentos. Imaginároslo en los buenos.

No fue solo oftalmólogo, como les sucede hoy a muchos de los que se dedican a esta hermosa especialidad, sino médico de cuerpo entero. Tenía un cariño inmenso por la profesión y por los pacientes. Y estos le admiraban y correspondían. Su vocación médica nunca sufrió crisis ni se debilitó con el paso del tiempo.

Como oftalmólogo destacó mucho, tanto en la consulta como en el quirófano. Se formó clínicamente con el doctor Costi, a quien ayudó durante muchos años, y quirúrgicamente con el doctor Ramón Castroviejo, de quien fue becario en su clínica de Nueva York, durante dos largos períodos, de lo que estaba especialmente orgulloso.

Estuvo al frente de los servicios de oftalmología del Instituto de Diabetología de la Cruz Roja Española, del Hospital Central de la propia Cruz Roja y de la Residencia Sanitaria Primero de Octubre.

Escribió numerosos trabajos científicos, muchos de ellos premiados. Es el único oftalmólogo, si no me equivoco, que ha escrito tres ponencias oficiales distintas para sendas sociedades oftalmológicas. La más importante de ellas, a petición de la Sociedad Española de Oftalmología, titulada *Oftalmorradiología normal y patológica*³¹; otra acerca de *Complicaciones oculares por lentes de contacto*³², por encargo de la Sociedad Española de Contactología, y la última, sobre *Iluminación y trabajo*³³, a cuenta de la Sociedad Ergo oftalmológica Española.

³¹ AGUILAR BARTOLOMÉ, José María. *Oftalmorradiología normal y patológica*. Ponencia oficial del I Congreso de la Sociedad Española de Oftalmología. Talleres gráficos Vda. de C. Bermejo. Madrid, 1972.

³² AGUILAR BARTOLOMÉ, José María. *Complicaciones oculares por lentes de contacto*. Ponencia oficial del V Congreso de la Sociedad Española de Contactología. Coculsa. Madrid, 1983.

³³ AGUILAR BARTOLOMÉ, José María y GIL DE RÍO, Emilio. *Iluminación y trabajo*. Ponencia oficial del VI Congreso de la Sociedad Ergo oftalmológica Española. Talleres Vda. de C. Bermejo. Madrid, 1984.

Contribuyó a la fundación de algunas sociedades científicas en el ámbito de la oftalmología española; entre ellas, la de Estrabología, Contactología y la Ergofoftalmológica. Por esta última sentía predilección, y fue secretario general hasta el año de su muerte. Durante este último año actuó, durante unos meses, como secretario general de la Sociedad Española de Oftalmología, habiendo sido elegido por aclamación entre sus compañeros.

En los últimos años, parcialmente retirado, supo compaginar el ejercicio profesional con el cultivo de variadas aficiones, entre ellas la literaria. Escribía en castellano antiguo, y así se carteó con su buen amigo el filólogo Enrique Fraguas, amigo simpatiquísimo y ameno, hermano del famoso humorista. Fruto de esta afición es el desternillante romance titulado *Los amantes de Valdemorisco*, obra cómica tan graciosa y divertida como los estupendos romances de Jaime Campmany. Cuenta el romance con el valor añadido de los festivos grabados de mi gran amigo Carlos Baonza.³⁴

Pero no quedó ahí su actividad literaria: poco después, la editorial Planeta publicó la novela *Nabum* en la que mi padre expuso, al hilo de una trama de aventura y ciencia-ficción, sus ideas sobre Dios y el hombre, la vida y la muerte, la creación y la enfermedad, en una síntesis original y deslumbrante, repleta de humor inteligente.³⁵

Al amor por la literatura, mi padre sumaba el de la astronomía (se había hecho construir un magnífico observatorio en su chalé de Valdemorillo), la música (tocaba el piano y el órgano eléctrico), la fotografía y la anatomía patológica (tenía instalados también sendos laboratorios en aquella casa. ¡Podéis imaginároslo!).

Y por si todo esto fuera poco, dibujaba, pintaba y tallaba la madera, se interesaba por la filatelia y era aficionado a la arqueología, la paleontología y la espeleología. Tuve la oportunidad de descender con él a las famosas cuevas del Reguerillo en el pueblo de Patones, en Madrid, y de Prádena de la Sierra, en Segovia, siendo yo todavía un muchacho.

Mi padre era un hombre interesante y divertido como he conocido pocos. ¡Cuánto lo echo de menos! Sin duda merece un estudio biográfico más detallado, y si os parece bien, algún día lo traeré a esta tribuna.

³⁴ AGUILAR BARTOLOMÉ, José María (con ilustraciones de Carlos Baonza). *Los amantes de Valdemorisco*. Edición no venal. 29 de diciembre de 1992.

³⁵ *Nabum*. AGUILAR ORTIZ, José María. Barcelona: Editorial Planeta S.A. (Colección Fábula), 1991.

Al recordarlo hoy, me viene, inevitablemente, a la memoria la figura de su hermano, mi tío Paco, otro personaje fuera de serie. Ambos compartían idéntica bondad, inteligencia y sentido del humor, amén de una gran inquietud por el mundo que les circundaba. La muerte prematura de los dos, privándonos de su grata y enriquecedora compañía, contribuye hoy a que el recuerdo sea aún más intenso y nostálgico.

*

No fue sencillo elegir el tema para el discurso de ingreso en la Asociación de Médicos y Artistas. Pensé inicialmente, al recordar una intervención irrepetible de mi padre en el Colegio de Médicos, hace más de treinta años, dedicada al *Ojo y el refranero*, tratar de este divertido tema. El jolgorio que allí se organizó, cuando sus divertidos amigos, doctores Gustavo Leoz, Federico Moreno, Ulpiano Sánchez Peña, Paco Granizo o el genial Eduardo Villamor, le dieron la réplica desde los escaños del anfiteatro del aula Ramón y Cajal, fue importante. Las risas de aquella noche aún resuenan cristalinas en mis oídos. Pero me di cuenta de que lo más gracioso quedaba ya dicho en aquella ocasión.

Pensé, asimismo, hablaros hoy de algo más serio, de bioética en oftalmología. Mi afición por las cuestiones de ética médica procede de mi relación familiar con José Luis Munoa Roiz, eminente médico oftalmólogo, intelectual de vasta cultura, verdadero experto en este terreno, que perteneció también a nuestra Asociación. Mis lecturas y estudios de aficionado adquirieron rango de pasión cuando me ocupaba hacia finales de los ochenta de la cuestión del consentimiento informado.

Tuve la suerte de conocer entonces al profesor Diego Gracia, cuyos *Fundamentos de Bioética*³⁶ vinieron a reforzar mis endebles investigaciones y a dotarlas del adecuado sostén filosófico. Su discurso de entrada en la Academia de Medicina, titulado «Primum non nocere»³⁷, da cuenta de este principio, que constituye una verdad ética primaria.

Desde los tiempos de Buda, por lo menos, parece claro que actuar bien consiste, principalmente, en evitar las malas acciones. Más que algo positivo, el bien es algo negativo. Podríamos decir que por cada mal acto que se evita se practica uno bueno.

Dice Buda:

³⁶ GRACIA, Diego. *Fundamentos de Bioética*. EUDEMA S.A. Madrid, 1989.

³⁷ GRACIA GUILLÉN, Diego. *Primum non nocere. El principio de no maleficencia como fundamento de la Ética Médica*. Discurso para la recepción pública del Académico electo Excmo. Sr. D. Diego Gracia Guillén y contestación del Excmo. Sr. D. Pedro Laín Entralgo, leídos el 3 de abril de 1990. Instituto de España. Real Academia Nacional de Medicina. ANZOS, S.A. Madrid, 1990.

Hay diez cosas que todos los seres consideran buenas, y diez cosas malas. Tres de ellas dependen del cuerpo, cuatro de la boca, y tres del pensamiento. Lo tres actos nocivos que dependen del cuerpo son: matar, robar y cometer adulterio. Los cuatro que dependen de la boca son: calumniar, maldecir, mentir y adular. Los tres que dependen del pensamiento son: envidia, cólera y pasión ciega. Toda estas cosas van contra el sacro camino, y, por tanto, son nocivas. Cuando no se practican estos males, hay diez actos buenos.³⁸

El nuevo principio de responsabilidad formulado por Hans Jonas para la supervivencia de la humanidad —la idea de una ética ecológica mundial— insiste en esto mismo, desde un punto de vista mucho más amplio.³⁹ El temor a dañar la biosfera, poniendo en peligro a la especie humana, conduce a una prescripción tecnológica, también negativa: no hacer daño a la naturaleza.

«Quietecitos» podría ser el lema de esta época donde a la hiperactividad no se le piden explicaciones. Claro que al hombre siempre le ha sido difícil practicar la mansedumbre.

Cuando años después de iniciarme en los secretos de la bioética leí las obras éticas del filósofo británico E.G. Moore⁴⁰, supe que solo un hombre bueno podía haber escrito unas obras así y comprendí que la ética se practica y no se predica. No conozco a nadie que se haya vuelto bueno leyendo libros de ética como tampoco, estaréis de acuerdo, a quien se haya convertido en artista estudiando libros de estética, aunque he de confesar que leer este tipo de tratados es una de mis aficiones favoritas.

Pero, a lo que íbamos: hablar de ética ante un auditorio de médicos eminentes dedicados a la profesión más ética de todas me pareció arriesgado. De lo que no se puede hablar hay que callar, recomendaba el filósofo Ludwig Wittgenstein.⁴¹ Y yo ya he hablado demasiado de este asunto.

Me pregunté entonces: ¿y si les hablara del fenómeno de la visión en la literatura y el arte? Demasiado general y ambiguo: ni siquiera lo abarcaría una tesis doctoral. La consumada obra de mi amiga, aquí presente, Susana Milán de

³⁸ OSHO. *Dijo el Buda...* Editorial Kairós. Barcelona, 2005. p. 26.

³⁹ JONAS, Hans. *El principio de responsabilidad*. Herder. Barcelona, 2004.

⁴⁰ MOORE, Edgard G.

- *Principia Ethica*. Editorial Crítica S.L. Barcelona, 2002.

- *Ética*. Ediciones Encuentro S.A. Madrid, 2001.

⁴¹ WITTGENSTEIN, Ludwig. *Tractatus lógico-philosophicus*. Alianza Editorial S.A. Madrid, 2003. p. 132.

Grado, *La representación del ojo y la mirada en la pintura del siglo XX*⁴², me recordó que también este asunto me estaba vedado.

¿Qué haré para congraciarme con mis compañeros en mi primera intervención ? seguía preguntándome. Y de pronto, me dije:«ya está, les hablaré sobre el chascarrillo». Por fin había encontrado un tema con el que podría hacerlos pasar un buen rato al comparecer por primera vez ante vosotros.

Si no me equivoco, en la undécima edición del *Diccionario de la lengua española*, por la Real Academia, del año 1869, aparece por primera vez la palabra *chascarrillo*, y se define de esta suerte: «anécdota ligera y picante, cuentecillo más o menos agudo y malicioso, con que se anima la conversación entre personas de buen humor».

Casi ningún tópico tan apropiado para hacer reír como la medicina y los médicos. Son innumerables los cuentos, chistes o chascarrillos que corren por ahí y se cuentan en todas partes, aunque no parecen, eso es verdad, apropiados para la sala de espera o la antesala del quirófano. Muestra de ello es la reciente publicación a cargo de esta asociación de unas *Anécdotas médicas en prosa y en verso*, que están haciendo las delicias de los lectores.⁴³

Y cómo no mencionar aquí a mi mentor, don Manuel Ambite, autor de una tronchante antología de cuentos médicos que tituló *Linimentos y calmantes*.⁴⁴

Justificar una conferencia acerca de chistes y chascarrillos, sería hacer lo propio con esta especie de minúsculo género literario o narrativo. Y lo cierto es que esto parece, ya de entrada, un poco risible, pues si hay un género literario contradictorio, filosófico y antifilosófico a la vez, es este.

Si un buen chiste puede contener, en efecto, algún tipo de filosofía, el propio efecto del mismo, la risa, es la cosa más antifilosófica y extraña que existe. De hecho, la risa que viene a continuación del chiste, cuando es bueno y está bien contado, tiene la virtud de detener el curso del pensamiento, y con

⁴² MILÁN DE GRADO, Susana. *La representación del ojo y la mirada en la pintura del siglo XX. La permanencia de lo sagrado en el arte a través del ojo del mito y de la magia*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Bellas Artes. Departamento de Pintura. Madrid, diciembre de 2002. En portada: Madrid, enero 2003.

⁴³ *Anécdotas médicas en prosa y en verso*. Sesión reglamentaria de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas. Coordinado por el Dr. Roberto Pelta Fernández y la Dra. Aurora Guerra Tapia. Introducción del Dr. Antonio Castillo Ojugas, presidente de ASEMEYA. Edición no venal. 2007.

⁴⁴ AMBITE SÁNCHEZ, Manuel (con ilustraciones de Manuel Romero Peña). *Antología de cuentos médicos*. España, 1994.

ello, toda filosofía posible. La interrupción del pensamiento lógico y racional que produce la risa, constituye una experiencia mística o religiosa, y, curiosamente, también física; total, podríamos decir.

El maestro Osho ha dicho, y cito: «Cuando te ríes de verdad, en esos pocos momentos estás en un estado profundamente meditativo. El pensamiento se detiene. Es imposible reír y pensar a la vez. Son diametralmente opuestos: o bien piensas, o bien te ríes. Si te ríes de verdad el pensamiento se detiene». «La risa es la verdadera religión. Todo lo demás es metafísica.»⁴⁵

En realidad el chiste es sumamente paradójico: aunque se cuenta para hacer reír, solo tiene gracia cuando la situación es propicia, es decir, cuando viene a cuento; hace reír sin pretenderlo, o a pesar de pretenderlo. Mi bisabuelo el conde de las Navas, en su discurso de ingreso en la Academia Española, titulado *La conversación amena*, dejó escrito lo siguiente: «Yo me atrevo a advertiros de que desconfiéis de aquellos que no se ríen nunca y huyáis de los que se ríen de todo o tratan de hacer reír sin venir a cuento».⁴⁶

Es muy posible que el conde estuviera al tanto de que la risa es una directa y eficaz respuesta a las duras pruebas a las que se ve sometida, con frecuencia, la naturaleza humana, tal como el autor japonés, Inazo Nitobe, proclama en su deliciosa obra *El Bushido (El alma del Japón)*, «pues la risa, las más de las veces, oculta un esfuerzo para recuperar el equilibrio del ánimo cuando se ha visto perturbado por cualquier circunstancia desgraciada. Es un contrapeso de la tristeza o de la rabia».⁴⁷

El chascarrillo y la risa que lo acompaña, se parece a una semilla minúscula que se siembra y, después y de golpe, crece y crece, e inunda el jardín con sus ramas. Representa, a mi juicio, una posibilidad de salvación espiritual.

Pensaréis, como dicen en Andalucía, que estoy dando más vueltas que un «perro perdío»; pero no temáis porque ya no me desviaré mucho de este

⁴⁵ *Dijo el Buda...* OSHO. Barcelona: Editorial Kairós, 2005. p. 26. Véase también OSHO. *Autobiografía de un místico espiritualmente incorrecto*. Editorial Kairós. 3.ª edición. Madrid, 2005. pp. 182-183.

⁴⁶ *La conversación amena*. Discursos leídos ante S. M. el Rey Don Alfonso XIII en la recepción pública del Excmo. Sr. Conde de las Navas. Discurso del Excmo. Sr. Conde de la Viñaza en contestación al precedente. EL CONDE DE LAS NAVAS. Madrid: Gráficas reunidas S.A., 1924. p. 46.

⁴⁷ INAZO NITOBÉ. *El Bushido (El alma del Japón)*. José J. de Olañeta, Editor. Colección *Los pequeños libros de la sabiduría*. Barcelona, 2006 (La primera Edición es de 1899). Pp.105-106.

tema y, aunque dando un rodeo, finalmente os hablaré de chascarrillos... y os contaré alguno.

Recientemente en la ciudad cordobesa de Lucena, vecina de la de Cabra, donde nació el grandísimo escritor Juan Valera, el ayuntamiento homenajeó a Carmen Pizarro y Ramírez, condesa de las Navas y cuarta abuela, como dicen los genealogistas, de un servidor vuestro, en el 125.º aniversario de su muerte.⁴⁸ Dicen allí que el autor de *Pepita Jiménez* se inspiró en esta señora para componer el personaje protagonista de la novela, pero no es ella el único personaje interesante de la familia.

Como nos recordó Luis Fernando Palma Robles, cronista de Lucena, que nos honra hoy con su presencia, en la casa lucentina de nuestros ancestros vivió Luis Antonio Pizarro y Ramírez, el gran político revolucionario y liberal del siglo XIX, padre de Carmen Pizarro.⁴⁹ De este asombroso personaje, de quien me dio noticia por primera vez mi amigo Manolo Fontanilla, os hablaré en otra ocasión si me lo permitís.⁵⁰

Y fue en esa misma casa donde el nieto de Carmen Pizarro, el joven Juan Gualberto López-Valdemoro, futuro conde de las Navas, conoció a don Juan Valera. Corría el año 1875, y ese encuentro iba a tener gran importancia en la vida de mi bisabuelo Juan Gualberto.

Esta visita, que le dejó sumamente impresionado, fue consignada por el conde de las Navas en su libro *Don Juan Valera, Apuntes del natural*, una deliciosa semblanza, quizá la primera que se escribió a su muerte en 1905⁵¹, y nuevamente, en el solemne discurso *Valera íntimo*.⁵²

«Hará cincuenta años –relata el conde– que en Lucena, la de la Virgen de Araceli, y en casa de mi abuela materna Doña María del Carmen Pizarro y Ramírez, Condesa de las Navas, vi yo por primera vez a Don Juan, notable ya y notado en su provincia y fuera de ella. Valera había

⁴⁸ El homenaje tuvo lugar los días 23 y 24 de marzo de 2007.

⁴⁹ PALMA ROBLES, Luis Fernando. Conferencia *Feminismo y acción social en el condado de las Navas*. Pronunciada en el salón de Plenos del Excmo. Ayuntamiento de Lucena. Homenaje a la condesa Carmen Pizarro con motivo del CXXV aniversario de su fallecimiento. Viernes 23 de marzo. Lucena, 2007.

⁵⁰ Véase el artículo correspondiente publicado por el autor en el Diccionario Biográfico de la Academia de la Historia.

⁵¹ NAVAS, El conde de las. *Don Juan Valera, Apuntes del natural*. Oficina tipográfica de D. Ricardo Fé. Madrid, 24 de Junio de 1905.

⁵² NAVAS, El conde de las. *Valera íntimo. Centenario de Valera*. Discursos leídos en la sesión pública celebrada en la Real Academia Española el día 21 de Diciembre de 1924. Discurso del Excmo. Sr. D. Antonio Maura en contestación al precedente. «Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Madrid, 1925.

anunciado desde Cabra la visita a mi abuela, y yo, que ya echaba a perder cuartillas, asistí a aquella como el sacristán de la aldea más miserable acude a besar el anillo de un Cardenal-Arzobispo.

Don Juan tenía por aquel entonces —lo recuerdo muy bien— arrogante apostura, el pelo y el bigote muy negros y lustrosos, naturalmente, e iba vestido y calzado y *enguantado* por buenos artistas. El cuello de la camisa era de los llamados “foques”, que él usó durante muchos años, así como la chalina de seda. Llevaba lentes, según costumbre de siempre, y su mucha miopía, obligándole a echar un poco hacia atrás la cabeza, cual si buscase más luz de lo alto, contribuía a prestar a todo el sujeto cierto porte al parecer altanero.

Cuando la cancela se cerró a espaldas del ilustre cabreño, exclamé yo, que hasta entonces no había desplegado mis labios:

— ¡Cuidado si habla bien ese caballero, abuela!

— Pues lo mismo escribe —replicó aquella señora.»

*

En 1876, al poco de producirse este encuentro, Juan Gualberto se trasladó a Sevilla, después de un itinerario que le había llevado por las universidades de Granada, Madrid y Salamanca, donde termina sus estudios de Derecho, que realizaba, al parecer, sin mucha vocación.

La intensa vida intelectual de Sevilla está marcada por la influencia aristocratizante de los Montpensier. Asimismo, el particular temple del pueblo sevillano a lo largo del siglo XIX, supo transformar su acostumbrado estoicismo en una visión alegre y placentera de la vida, de lo que da fe la existencia de numerosos círculos literarios y tertulias.

En este ambiente, el conde de las Navas descubrió su vocación principal, los libros y las letras, así como el estilo y el tono que marcarían para siempre su literatura.⁵³

En 1878 se traslada a Madrid para ocupar un destino en la Dirección de Beneficencia y Sanidad.

⁵³ Véase *El conde de las Navas y Sevilla*. Disertación leída en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras por el Ilmo. Sr. D. José María Aguilar Ortiz, en el acto de recepción como académico correspondiente celebrado el día 16 de noviembre de 2012 y Presentación del académico numerario Excmo. Sr. D. Manuel Olivencia Ruiz. *Minerva Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 2.^a época, 41, 2013, pp. 63-89.

Durante las navidades de 1878 y en días ulteriores, entró oficialmente en los ambientes literarios. La noche del 23 de diciembre asistió por primera vez a las inolvidables reuniones en casa de Encarnación Cueto, viuda de Ángel Ramírez de Saavedra, duque de Rivas. Era una tertulia frecuentada nada menos que por Juan Valera, Antonio Cánovas del Castillo, Miguel de los Santos Álvarez y el ilustre polígrafo Marcelino Menéndez Pelayo.⁵⁴

Mi bisabuelo se incorporó, asimismo, a las tertulias literarias en casa de Valera, primero en la calle de Serrano, número 23, y, más tarde, en la de Claudio Coello, número 25. En aquellas ocasiones tuvo la oportunidad de oír al autor de *Don Juan Tenorio*, el vallisoletano José Zorrilla, recitar sus versos. Y en los últimos años de la vida de Valera, en la casa de la Cuesta de Santo Domingo, número 3, el conde de las Navas estrechó aún más su amistad con el genial autor egabrense: lo acompañaba y leía en voz alta para él, que se había quedado ciego.

Al abrigo de las tertulias en compañía de su maestro Valera, Juan Gualberto fue convirtiéndose en un magnífico escritor, y llegó a colaborar con él en diversas empresas literarias.

Durante el año 1893 se ocupó de dirigir la revista *El Centenario* en representación de Valera, a la sazón embajador en Viena. Esta aventura editorial fracasada, en la que el conde de las Navas asumió la responsabilidad de llevar adelante toda clase de difíciles gestiones en favor de la revista de la que Valera era director, selló definitivamente la amistad entre ambos. De ello puedo dar fe, personalmente, a pesar de lo mucho que ha llovido desde entonces. Para explicarlo, permitidme que os cuente una pequeña historia familiar.

Corría el verano de 1971, cuando mi abuela María, con ocasión de la matrícula de honor que yo acababa de obtener en Literatura del 6.º curso del bachillerato, me llevó una mañana a la antigua biblioteca y archivo de su padre, Juan Gualberto López-Valdemoro, V conde de las Navas, escritor y académico, que había sido Bibliotecario Mayor del rey Alfonso XIII durante 42 años.

Después de rebuscar entre los numerosos libros y legajos que pertenecieron a mi bisabuelo, me entregó un pequeño estuche que contenía unos papeles, diciéndome: «Quiero que los guardes, son las *Memorias* de mi padre, no tuvo tiempo de concluir las.» Yo lo recibí emocionado. Entre

⁵⁴*La tertulia de Puerta Cerrada. Capítulo de mis memorias* (Artículos publicados en el Suplemento del periódico «La Época, Diario de la noche», sábado 28 de agosto, sábado 9 de octubre, sábado 30 de octubre y sábado 20 de noviembre de 1926 . I-IV).

abrumado y orgulloso, le prometí que algún día se publicarían. Aquellas *Memorias* se llamaban *Desde la Cibeles*.

Pues bien, entre todos esos papeles apareció una colección de cartas escritas por Valera y otros personajes del mundo literario. El conjunto constituye una suerte de acta notarial de la amistad que sellaron don Juan y el conde por aquella época, amistad que siguieron cultivando de por vida y que solo se truncó a la muerte de Valera.

No cabe duda de que este episodio de *El Centenario*, hubiera representado un capítulo importante de las *Memorias* del conde de las Navas y, *mutatis mutandis*, puede constituir ahora una pieza principal de su biografía, pieza que encaja, a la vez, en el gran panel de la vida de don Juan Valera. El asunto de *El Centenario* fue la prueba de fuego de aquella amistad.⁵⁵

Volviendo a lo que nos ocupaba, me alegra poder contaros que, si el accidentado episodio de *El Centenario* anudó para siempre la amistad entre Valera y mi bisabuelo, el episodio que pudiéramos denominar «de los chascarrillos» introdujo en ella un ingrediente cómico no exento de cierto patetismo. Para el conde de las Navas fue, sin duda, una empresa inolvidable que marcó definitivamente su producción literaria.

Precisamente en la tertulia que se celebraba en casa de Valera nació la idea de un libro que finalmente se titularía *Cuentos y chascarrillos andaluces, tomados de la boca del vulgo*.⁵⁶

El 28 de mayo de 1896, Valera escribía al doctor Thebussem poniéndole al día del proyecto literario y pidiéndole su colaboración.

Un momento. ¿He dicho «doctor Thebussem»? ¿Acaso tenemos aquí a otro médico escritor? No, amigos; tenemos a quien fuera cartero honorario y el mejor humorista literario de la época, editor de esos monumentos del género jocosero que son la primera y la segunda *Ristra de ajos*,⁵⁷ aficionado a la broma y devoto de las agudezas y chuscadas de la gente del pueblo. ¿Y de dónde le viene ese nombre de indefinidas resonancias centroeuropeas? Pocos sabían que era un seudónimo, aunque basta leer las sílabas a la inversa para darse cuenta del chiste. Se ocultaba tras él Mariano Pardo de Figueroa, quien, tras una breve

⁵⁵ AGUILAR ORTIZ, José María. *Valera y El Centenario*. Isidora. Revista de estudios Galdosianos. n.º 13. Safekat S.L. Madrid, 2010. pp. 75-169

⁵⁶ FULANO, ZUTANO, MENGANO Y PERENGANO. *Cuentos y chascarrillos andaluces. Tomados de la boca del vulgo*. Coleccionados y precedidos de una Introducción erudita y algo filosófica. Librería de Fernando Fé. Madrid, 1896.

⁵⁷ THEBUSSEM, El Doctor. *Segunda Ristra de ajos* (compuesta de XIV cabezas). Trenzada y publicada por. Imprímese á costa de Juan Acosta, Mercader de libros. MDCCCLXXXVI.

carrera de abogado en su ciudad natal de Medina Sidonia, colgó la toga y abominó para siempre tanto de la administración de justicia como de la política.⁵⁸

Un solo episodio de su vida sirve para retratarlo. Cuando el general Pavía disolvió el Congreso a mano armada, poniendo fin a la Primera República, no se le ocurrió al general Serrano, regente en funciones, otra cosa que nombrar al doctor Thebussem alcalde de Medina Sidonia.

La respuesta del designado consistió en exigir al oficial, jefe de puesto de la Guardia Civil, que lo llevaran a la Casa Ayuntamiento atado codo con codo, entre parejas de la Benemérita, para tomar posesión del cargo. Cumplida la formalidad, pidió de inmediato por telégrafo y con mucho apremio que lo relevaran, por constituir para él ese cargo una condena insoportable, y al poco fue complacido, también telegráficamente. Es a este genial personaje al que Valera se dirige en petición de ayuda:

Mi querido amigo:

Los sábados por la noche vienen a esta casa en mi despacho, desde las diez hasta después de las dos de la madrugada, varios aficionados a las letras. Se leen versos y prosas y se charla mucho.

Dos de mis tertulianos, el conde de las Navas y Narciso Campillo, me han metido en una empresa, en la que usted, si quisiese, podría ayudarnos. Se trata de reunir y de conservar por escrito, para que no se olviden o se pierdan, los cuentos y chascarrillos andaluces que andan en boca del vulgo. Treinta tenemos ya escritos para la colección; pero necesitamos lo menos ciento para formar un tomo, pues aunque algunos de los ya escritos constan de veinte cuartillas, la mayor parte de ellos no tienen más que una cuartilla sola.

Los cuentos y chascarrillos saldrán sin nombre del autor o del colector; pero llevarán una introducción muy erudita y filosófica.

Aunque la musa popular no suele ser muy casta, nosotros procuraremos que la verdura de nuestros cuentos no sea muy subida de tono y no escandalice.

Ya se entiende que no se trata de cuentos de hadas, sino de cuentos chuscos, dichos agudos, chascarrillos, etc. De seguro que usted sabe una infinidad. Comuníquenos algunos. Repito que se lo agradeceremos. Adiós, y créame su siempre afectísimo amigo, Juan Valera.

⁵⁸ NAVAS, El conde de las. *El doctor Thebussem*. Tipografía Católica de Alberto Fontana. Madrid, 1928. Trabajo publicado primeramente en la revista *Raza Española*, n.º 115-116, julio-agosto 1928.

A los tres días, don Juan Valera, entre bocanadas de humo —era un fumador empedernido—, anunciaba a sus amigos y admiradores que el doctor Thebussem colaboraría en la obra proyectada de los *Cuentos y chascarrillos andaluces*.

Así contaba, retrospectivamente, esta historia, con mucha gracia, en el periódico *El Sol*, en 1926, el escritor y periodista sevillano Santiago Montoto.⁵⁹

Cuando los autores se propusieron publicar el libro, sabían perfectamente a lo que se exponían. Lo que Valera no llegó a imaginar es el precio tan elevado que tendría su atrevimiento.

En sus apuntes biográficos sobre don Juan, el conde de las Navas refiere los temores de este a las críticas y al escándalo en el círculo social que frecuentaba. Valera quiso conjurarlos seleccionando los relatos y precediéndolos de una «introducción erudita y muy filosófica», pero fue en vano.

En vísperas de publicar el libro, Valera se puso casi enfermo de los nervios. Las lecturas preliminares de su hijo Luis entre las elegantes amigas de su madre le producían una sensación de angustia, próxima al martirio. Después de cada sesión de lectura, las protestas del selecto auditorio arreciaban, ante el horror del padre y el regodeo del hijo. A punto estuvo de retirar Valera la edición, aun sacrificando la inversión realizada.

Los autores no solamente emplearon seudónimos: *Fulano*, Valera; *Zutano*, Narciso Campillo; *Mengano*, el conde de las Navas, y *Perengano*, el doctor Thebussem, sino que también firmaron los cuentos con asteriscos: uno, Valera; dos, Campillo; tres, el conde, y cuatro, el doctor Thebussem.

El libro tuvo un recibimiento variopinto. Fue alabado graciosamente en verso por el poeta Manuel del Palacio, quien resume la personalidad de estos andaluces:

Un librito de cuentos
se ha publicado
del que autores se dicen
cuatro fulanos.

⁵⁹ MONTOTO, Santiago. *Las amarguras de don Juan Valera. (De su correspondencia inédita)*. Artículos publicados en *El Sol. Diario Independiente*. (Sábado 13 de octubre de 1926, sábado 16 de octubre de 1926 y sábado 23 de octubre de 1926). I-III.

Mas o yo, con el pelo
perdí el olfato
o tras aquellas hojas
se oculta el rastro
de un cartero famoso,
de un catedrático,
de un conde que de libros
se nutre a pasto,
y un Juan que muchos llaman
Juanito el Largo.

Sin embargo, recibió las más acerbas críticas por parte de algunos sectores de la prensa y ciertos autores. Afligió especialmente a Valera la publicación de unos cuantos artículos —coleccionados después formando libro— con el título de *Académicos en cuadrilla*, del bachiller Francisco Estepa, seudónimo de Teodomiro Moreno Durán, en que se hace una crítica feroz y despiadada de los autores de los *Cuentos y chascarrillos andaluces*.⁶⁰ El autor de esta virulenta diatriba, al parecer algo pariente de don Juan, la escribió despechado porque este dejaba pasar día tras día, y solo por pereza, sin escribirle el prólogo que le había ofrecido para una obra.

No obstante, es completamente seguro que tanto los autores como el editor quedaron finalmente muy satisfechos con este libro, pues además de divertirse aquellos, la obra se vendió bien, e incluso se reeditó.

Puede afirmarse de los cuatro autores que, cada uno en su estilo, eran humoristas. Esto resulta particularmente cierto en el caso del célebre doctor Thebussem, pero lo mismo cabe decir de don Juan Valera, ese cabreño de buena cepa y proverbial sentido humor. Narciso Campillo, sevillano jacarandoso, se distinguió por escribir cuentos tan graciosos como poco aprensivos y, por supuesto, no se quedaba atrás. El conde de las Navas, por fin, era un malagueño cosa fina, perfecto representante de la tierra del boquerón y de la gracia con el lápiz en la mano.

Esta obra, que hoy en día nos parece inocentísima, incluía un cierto número de chascarrillos, entonces ligeramente subidos de tono, algunos de los cuales podrían considerarse médicos o fisiológicos.

⁶⁰ ESTEPA, Francisco, Bachiller. *Académicos en cuadrilla* (denuncia). Fernando Fe. Madrid, 1897.

Ahora que hemos entrado en calor —o al menos eso espero—, os leeré un chascarrillo de la colección mencionada, el primero de todos, por venir como anillo al dedo de un oftalmólogo, ya que se titula, precisamente, *Las gafas*. Está firmado con un asterisco (Fulano), así que es uno de los que escribió Valera. Dice así:

Como se acercaba el día de San Isidro, multitud de gente rústica había acudido á Madrid desde las pequeñas poblaciones y aldeas de ambas Castillas, y aun de provincias lejanas.

Llenos de curiosidad circulaban los forasteros por las calles y plazas é invadían las tiendas y los almacenes para enterarse de todo, contemplarlo y admirarlo.

Uno de estos rústicos entró por acaso en la tienda de un óptico en el punto de hallarse allí una señora anciana que quería comprar unas gafas. Tenía muchas docenas extendidas sobre el mostrador; se las iba poniendo sucesivamente, miraba luego en un periódico y decía:

—Con estas no leo.

Siete ú ocho veces repitió la operación, hasta que al cabo, después de ponerse otras gafas, miró en el periódico, y dijo muy contenta:

—Con estas leo perfectamente.

Luego las pagó y se las llevó.

Al ver el rústico lo que había hecho la señora, quiso imitarla y empezó á ponerse gafas y á mirar en el mismo periódico; pero siempre decía:

—Con estas no leo.

Así se pasó más de media hora; el rústico ensayó tres o cuatro docenas de gafas, y como no lograba leer con ninguna, las desechaba todas, repitiendo siempre:

—No leo con estas.

El tendero entonces le dijo:

—¿Pero usted sabe leer?

—Pues si yo supiera leer, ¿para qué había de mercar las gafas?⁶¹

El siguiente chascarrillo, perteneciente también a la recopilación de «la cuadrilla de académicos», solo es médico por vía propedéutica si se me permite la advertencia. Está firmado con tres asteriscos, lo que identifica a su autor como el conde de las Navas (Mengano). Se titula *Un gran dentista* y creo que les gustará especialmente a mis taurófilos amigos, aquí presentes, los doctores Manuel Fernández Vega, Daniel Vaca y Julio Ortega, y al empresario Santiago García Pozo, que a la condición de taurófilo añade la de matador.

⁶¹ *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Op. Cit. p. 1.

Antes quiero recordar que una de las obras más importantes que escribió el conde de las Navas se titulaba *El espectáculo más nacional*, y estaba destinada, entre otras cosas, a defender a la fiesta de los toros de sus detractores.⁶² Esta obra de erudición, que mereció el reconocimiento de la Real Academia de la Historia, era a la vez muy amena, debido, en gran medida, a su grande y original sentido del humor. De tipo taurino son algunos de sus mejores chascarrillos.

El chascarrillo mencionado, dice así:

Salía un toro muy poderoso, de esos que suelen echarse por la palomilla al picador sin desmontarlo. Andaban éstos huyendo el bulto de aquí para allá como alumnos de picadero, cambiando pistas, pero el público, que conoció enseguida el juego, jamándose la partía, comenzó a llover sobre los varilargueros atroces insultos, naranjas y botellas vacías.

Por fin, el famoso Pinto, quitándose el ruedo de la cabeza, dedicó un estropajoso brindis á la gente del tendido, se pasó la mano por la boca, para humedecer la garrocha y que no resbalase, y se fué al toro. Mugió éste, con los brazuelos trazó profundos surcos en la arena, espolvoreándose los flancos, humilló, y alzando inmediatamente la temible cabeza, como si dijese «allá voy», se lanzó sobre Pinto á la manera de un río que quiebra las compuertas de la presa.

Cabalgadura y jinete se derrumbaron como la encina al último hachazo del leñador; se levantó una espesa nube de polvo á través de la que se veían revueltos, trapos, colorines, sangre y mondongos.

El toro parecía labrador que en la era maneja el viergo, aventando con la cornamenta toda aquella masa informe y pintoresca.

Pinto había llevado contra la barrera un golpe terrible en las encías de las que saltaron algunos huesos de raíz.

Por fin los peones, no sin grandes esfuerzos, lograron llevarse al toro. Los mozos de plaza levantaron al picador, que se enjuagó la boca y el gaznate con aguardiente, regalo de un aficionado compasivo, y después de echarse la garrocha al hombro, salió andando hacia la cuadra, pegadito á la barrera, en busca de otro infeliz caballo, pues el caído no daba ya señales de vida.

Como el toro había salido de la refriega con un gran desgarrón, por haberse corrido la vara fuera de sitio, el público silbaba y pedía que llevasen á la cárcel á Pinto.

Al entrar éste por la puerta del arrastradero, le gritó un espectador:

—Córtate la coleta, morral, que ya estás muy viejo para estas suertes.

⁶² *El Espectáculo más nacional*. EL CONDE DE LAS NAVAS. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1899.

—¿Viejo?—respondió Pinto, mirando melancólicamente hacia al tendido, mientras se llevaba una mano á la boca.—¿Viejo, y acabo de muar la entadura?⁶³

Os habréis dado cuenta de que estos dos chascarrillos tan graciosos son bien inocentes.

El que viene a continuación es de Valera y se titula *Cataclismo*.

Eran las tres de la madrugada. Desvelado D. Claudio y con espantosos dolores de vientre, ponía el grito en el cielo y pedía socorro.

Su nuevo criado Ramón acudió á la alcoba. El señor tenía un cólico cerrado.

Era menester abrirle.

En aquella época, el arte clísmico estaba muy atrasado todavía. No se había inventado máquina alguna, por cuya virtud el verbo clismar y sus sinónimos pudiesen transformarse de activos en reflexivos. Sólo se empleaba el arma traidora que los frailes de San Juan de Dios esgrimían tan diestramente.

Atascado D. Claudio y anhelando desahogo, mandó á Ramón que, valiéndose de una arma de dicha clase que había en una alacena, interviniera con cierto líquido calmante y facilitara el desenlace ansiado. Ramón preparó el líquido y cargó el arma. A la luz de un velón fijó la mirada en el obscuro blanco é hizo la puntería.

Pero, ¡oh maravilla! Ramón, aterrorizado, lanzó un grito, dió hacia atrás tres ó cuatro pasos y cayó por tierra sin sentido.

Asustado á su vez y sorprendido don Claudio, dijo a Ramón:

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Qué te pasa?

—¡Animas benditas! Contestó el criado: V.E. me miraba de tal suerte que pensé morirme de espanto.

D. Claudio comprendió entonces todo el misterio; y, para tranquilizar al criado dijo con calma:

—Como eres nuevo en mi casa, no estás en las interioridades. Has de saber que yo soy tuerto, que tengo un ojo de cristal, que me le tragué anoche; y que ese ojo, que á mi me estorbaba y me estorba, era el que te miraba.

—Pues hagamos que salga y que sobrevenga el cata-clismo, dijo Ramón perdiendo el miedo.⁶⁴

⁶³ *Cuentos y chascarrillos andaluces. Op. Cit. p. 250.*

⁶⁴ *Cuentos y chascarrillos andaluces. Op. Cit. p.130.*

A pesar de su intachable catolicismo, no faltaron en el repertorio de del conde los cuentos y chascarrillos de tema religioso o los del clero. Refiriéndose a Judas de niño, en un cuento muy divertido titulado *La leyenda del sauce*, dice:

«La criatura, Judas, que no otro fue el nacido, aún no asaba cuando ya pringaba. Tamaño como un pepino —apenas podía tenerse en pie— se dejó caer de los brazos de su madre, y, trincando una faca, olvidada sobre la mesa antes de levantarse los manteles, fue para Simeón, haciendo ademán de cortarle el pescuezo. Y mira tu lo que son las madres: Ciborea, no obstante sus malos sueños y lo que ahora veía, que los remachaba, trató de disculpar al angelito, echando el caso a broma. Pero Judas repitió la suerte, y entonces, su padre, amoscado, dijo: «¿No ves, mujer, las intenciones de este mal bicho? Si a la larga ha de salirse un día con la suya, puede que quitándole ahora de en medio, nos ahorremos muchas y grandes desazones; ¡jinojo con el chavea!, se las trae, se las trae el niño!»⁶⁵

A lo largo del relato, como estaréis imaginando, Judas acaba poniéndose al servicio de Poncio Pilato, se casa con su propia madre y, como nuevo o redivivo Edipo, mata a su padre, para terminar traicionando a Jesús y colgarse de un sauce, árbol que desde entonces se inclina hacia el suelo tendiendo sus desmayadas ramas y parece que llora sobre el arroyo o la charca que va formando con sus lágrimas.

Escribió también algunos de pícaros y frailes como el siguiente, titulado *Un adverbio y una liebre*:

«Al caer de la tarde atravesaban el pinar de Jaralosa un fraile, un lego de San Francisco y un borriquillo con los serones más vacíos que la mollera de Bertoldino.

El día había sido caluroso como suele serlo el de Santiago en *Tierra Baja*, la cuestación de los mendicantes nula, el padre sudaba tanto como alcarraza de Andujar puesta a refrescar, el lego no se quedaba atrás, y el borriquillo, con las orejas gachas —por quedarse— sufría con paciencia continuos vardascazos del hermano Lucio.

La marcha á través del suelo arenisco del pinar agotó las fuerzas de los pobres viajeros, y el P. Avelino determinó hacer alto al salir de la arboleda y entrar ya de noche en la aldea vecina.

El P. Avelino se sentó en un ribazo y el hermano Lucio, después de trabar al borriquillo con su propio roncal, muy mohíno fué á recostarse

⁶⁵ Este cuento pertenece a la colección titulada. *Fósiles*. EL CONDE DE LAS NAVAS. Madrid: Talleres tipográficos de V.H. Sanz Calleja, 15 de junio de 1925. VI. P.35.

también en el santo suelo, a los pies del fraile, que se entretenía en sacudir las sandalias llenas de arena.

—A veces envidia uno la suerte de los animales, para los que siempre está puesta la mesa. Mire su reverencia cómo se atraca Blasillo de juncos, mientras que nosotros tenemos la tripa como cañón de órgano.

—Tenga paciencia, hermano, que el señor no abandona jamás a sus criaturas, y, puesto que en nada mejor pudiéramos emplear el tiempo, imploremos la protección de la reina de los Ángeles rezando el santo rosario.

Y el P. Avelino, descolgándolo del hábito, comenzó a santiguarse.

¡Pum!, ¡Pum! De pronto sonaron muy cerca dos escopetazos, y momentos después una liebre hermosísima apareció cruzando los rastros, vino a caer hecha un ovillo a los pies de los franciscanos, dio tres o cuatro violentos estirones, levantando nubecillas de polvo con las patas, y se quedó más tiesa que un espárrago.

Entonces el reverendo, con una agilidad que no podía esperarse de sus muchas libras, se puso en pie de un brinco, se apoderó de la liebre, refregándole en la hierba la cabeza que manaba sangre, se arremangó los hábitos, y en un santiamén desapareció el animal bajo las amplias faldas.

El lego miraba embobado toda aquella maniobra.

—Ya ve, hermano, como era insensato desconfiar de la Providencia, que nos depara tan exquisita cena...á mí, particularmente. Suelte a Blasillo y vamos para el pueblo, que pronto se hará de noche.

A obedecer iba el hermano Lucio, a quien el adverbio subrayado había hecho el efecto de un rejoncillo que le hubiesen clavado en mitad del cogote, cuando salió del pinar —la escopeta colgada— sudoroso y jadeante, un mocetón de no muy buen aspecto.

El cazador se encaró con el P. Avelino, y sin darle las buenas tardes, en tono imperioso, preguntó:

—Dígame su paternidad: ¿ha visto pasar por aquí una liebre herida?

—Por aquí no pasó, hermano, respondió el fraile cruzando los brazos y metiendo las manos en las mangas insondables.

Quedóse el mocetón algo suspenso, y como interrogase con la mirada al lego que estaba detrás de su superior, y notara un guiño muy significativo del hermano Lucio, que desmentía al P. Avelino, irse hacia éste, tentarle las caderas, dar con la liebre y propinar al fraile el par de bofetadas más sonoras que escucharon humanas orejas, fué todo ello obra de dos minutos.

Y el cazador, sin más cumplidos y con la liebre, como vino se fué, dejando a los franciscanos, al Padre acongojado y al lego bañándose en agua de rosas, contemplando las mejillas de su superior como el corazón de una sandía de Vélez Málaga.

—¿Qué piensa de este contratiempo, hermano?—preguntó al fin el P. Avelino para romper el hielo.

—Pienso en el par de chuletas que nos dieron por la liebre... á su reverencia *particularmente*.⁶⁶

En 1926, el conde de las Navas pronunció una conferencia sobre su tema preferido, *El chascarrillo andaluz*,⁶⁷ en la que desarrolló su peculiar y simpática teoría del chiste y del humor haciendo una confesión al auditorio:

Yo sé muy bien que me colé en la Cátedra, en la Real Biblioteca y en la Academia Española (como el aire por las rendijas) merced a la misericordia divina y a la condescendencia de unos cuantos amigos míos. No soy orador, en esta bendita tierra en la que hasta mi portera es un Demóstenes, con el escobón en la mano; no hice versos jamás; no toco ni la zambomba; nada he inventado ni comenté con aplauso; mis libros se venden tarde y en número reducido de ejemplares. Por ello, así como al tratarse de las feas —dicen que las hay: a mí todas las hijas de Eva me parecen bonitas o agraciadas— suelen llamarlas «discretas»; por no poder decir de mí que soy erudito, que tengo inspiración y que mis obras impresas son interesantes o instruyen; no queriendo chafarme por completo, se pusieron de acuerdo críticos y amigos para calificar mi charlas de entretenidas, y así paso por ameno, según dicen.

Consideraba mi bisabuelo que el chascarrillo es ni más ni menos que la sal y la pimienta de la charla, el argumento supremo del que se suele echar mano en la tierra de María Santísima. Junto con el sol, el contento, el bullicio más o menos musical, la charla sempiterna, pintoresca y castiza, la belleza y sandunga de las mujeres, y el rumbo, puede el chascarrillo considerarse uno de los valores cotizables de aquel extenso territorio.

El conde de las Navas se pasó toda la vida escribiendo y recopilando cuentos y chascarrillos. Los contó de todos los estilos: cortos y largos, populares y eruditos, urbanos y rurales, alegres y fatalistas, bucólicos y realistas, ingenuos y pícaros, andaluces, asturianos y baturros, políticos y taurinos, religiosos y morales, de frailes... Hay que recordar que su primer libro se titulaba precisamente, *La docena del fraile*, hoy un verdadero tesoro para bibliófilos, y contenía doce cuentos y una novela, la primera de las siete que

⁶⁶ Este chascarrillo se publicó por primera vez en la colección de cuentos titulada *La decena. (cuentos y chascarrillos)*. EL CONDE DE LAS NAVAS. Madrid: Hijos de Ducazcal, 1 de mayo de 1895. P.35.

⁶⁷ NAVAS, El conde de. *El chascarrillo andaluz*. Conferencia pronunciada en el Centro de intercambio intelectual germano-español. Blass, S.A. Tipográfica. Madrid, 1926. p.4.

escribió, de ambiente lucentino, titulada *La Niña Araceli*.⁶⁸ A este volumen sucedieron otros: *La media docena*⁶⁹, *La decena*⁷⁰, *De chicos y grandes*⁷¹, *De allende Pajares*⁷² y *Fósiles*⁷³, además de los mencionados *Cuentos y chascarrillos andaluces*.

Junto a los trabajos más eruditos con que se ganó la fama de escritor serio, no dejó de cultivar los francamente cómicos. En toda la producción literaria de Juan Gualberto López-Valdemoro, comenta su biógrafo John Demidowicz, no hay nada tan curioso ni genial como su rara *Biblioteca Amarilla y Verde*. A los cuatro libros que la componen, los llama «limones». El primer limón, de 1900, se tituló *Un Párolí*;⁷⁴ el segundo, de 1902, *Ni carne ni pescado*;⁷⁵ el tercero, de 1908, *De Libros*,⁷⁶ y, por último, de 1927, tenemos *De Madres y Vírgenes*.⁷⁷ Con la excepción del tercer limón, los demás son cuentos escatológicos.

De este último limón, *De Madres y Vírgenes*, subtulado *Cuentos del ojete* permitidme que os lea el titulado ¡*Por ahí!* En mi modesta opinión, supera aún al de Valera en arte *clísmico*:

El atasco era de los gordos; las monjas creían gravísima a su pobre compañera. En cambio, el médico no daba ninguna importancia al caso: un tenaz estreñimiento y pare usted de contar.

—Manden por un irrigatorio y aplicarlo con agua de malva templada.

No quiero detenerme refiriendo el proceso de la adquisición de aquel chisme completamente desconocido por toda la comunidad con ser cosa tan común. No hubo, pues, quien acertase a manejar el aparato, con el que dieron varias duchas inútiles a la enferma, o sea, simplemente atorada. Apuradísimas acudieron de nuevo al doctor.

⁶⁸ *La docena del fraile. Doce cuentos y una historia que lo parece*. LÓPEZ -VALDEMORO, J. Madrid: Imprenta de Hernando, 1886.

⁶⁹ *La media docena. Cuentos y Fábulas para Niños*. EL CONDE DE LAS NAVAS. Segunda Edición. Madrid: Oficina tipográfica de los Hijos de J. Ducazcal, 6 de enero de 1897.

⁷⁰ *La decena. (cuentos y chascarrillos)*. Op. Cit.

⁷¹ *De chicos y grandes. (Cuentos, chascarrillos y sucedidos)*. Madrid: Julián Palacios, 1915.

⁷² *De allende Pajares. Paisajes y cuentos*. EL CONDE DE LAS NAVAS. Madrid: Oficina tipográfica Ducazcal, 16 de julio de 1903

⁷³ *Fósiles. Seis cuentos viejos que recontó a su modo el Conde de las Navas*. Op. Cit.

⁷⁴ NAVAS, El conde de las. *Un Párolí Cuento eolio*. Primer limón de la Biblioteca Amarilla y Verde. Imp. de la viuda é hijos de M. Tello. Madrid, 1900.

⁷⁵ NAVAS, El conde de las. *Ni carne ni pescado (Cuento cuaresmal)*. Segundo limón de la Biblioteca Amarilla y Verde. Imp. de la viuda de M. Tello. Madrid, 1902.

⁷⁶ NAVAS, El conde de las. *De Libros (Menudencias)*. Tercer limón de la Biblioteca Amarilla y verde. Est. Tip. de Fortanet. Madrid, 1908.

⁷⁷ NAVAS, El conde de las. *De Madres y Vírgenes (Cuentos del ojete)*. Cuarto limón de la Biblioteca Amarilla y verde. Blass, S.A. Madrid, 1927.

—Válgame Dios, qué inocentemente desmañadas son; prepárenla y yo vendré a ponerle la irrigación, cosa más fácil que hacer churros.

Entra el médico: en medio de la celda, la cama; bajo las ropas, la monja completamente cubierta, de pies a cabeza; como a la mitad, un promontorio rodeado de estampitas de Santos, dispuestas en círculo, de igual forma que se colocan los naipes para jugar al reloj. La de Santa Teresa, sola, campea en el centro y cúspide del promontorio. Toda la comunidad, en torno del lecho; la Reverenda Madre Superiora avanza y majestuosa, cuando ve al doctor dispuesto a disparar, levanta la imagen de la Egregia Fundadora, que cubre un agujero de la sábana, y en tono solemne, exclama:

—Por ahí.⁷⁸

En 1929, el conde de las Navas escribió el último libro. Viendo que no le quedaba tiempo para publicar sus obras completas, editó un volumen titulado *Obras incompletas* con los trabajos preferidos: los cuentos y los chascarrillos.⁷⁹ Era su testamento literario. Lo que más le divertía y le hacía reír. Consideraba que la risa era la mejor medicina, porque previene todas las enfermedades.

En la introducción, titulada «El portero da razón», dice lo siguiente:

«Las bautiza el autor con el nombre de *Obras incompletas*:

1.º Por ser suyas, en el fondo y en la forma.

2.º Porque no se propone publicar todo lo que escribió y ha impreso o guarda en cartera.

3.º Porque, habiendo cumplido, hace más de tres, setenta años, puede muy bien, o mal irse al otro mundo —como la alcaparra— con parte de la semilla dentro del cuerpo.»

Así pues, de entre todas sus importantísimas obras literarias e históricas, incluidas siete novelas, seleccionó el conde para la posteridad los cuentos y chascarrillos. No quería irse llevándose dentro de sí la semilla de la risa.

La obra contiene, entre cuentos y chascarrillos, un total de 47 pequeñas

⁷⁸ *Op. Cit.* p. 35.

⁷⁹ NAVAS, El conde de las. *Obras Incompletas del conde de las Navas*. Tomo y Volumen 1. Cuentos y chascarrillos propios y ajenos. Primera edición. Tipografía Católica de A. F. Madrid, 1929.

obras maestras. Os pondré un solo ejemplo. Se llama *En misa de doce*:

Para ponderar la estatura de mi tía, uno de aquellos granujas de la *Partía* de la Tizne de Málaga —que tienen más sal que la laguna de Fuentepiedra—, separado con alguna violencia de la acera, donde jugaba a la rayuela, por mi ilustre pariente, le dijo:

—¡Vaya con la ceñora, que es más larga que mil reales de tomiza, y del mismo ancho, y no pué pasar sin arrempujar!

La Misa de doce en la Catedral de mi tierra suele decirse en el altar del trascoro, que, a diferencia de lo que se advierte en la mayor parte de las otras de España, es del mismo estilo del templo; grecorromano.

No doy una gran noticia al consignar que allí es la misa de doce la de la gente elegante, perezosa en todos los países, y que está siempre muy concurrida.

Acababan de mudar el misal al lado del Evangelio, cuando mi tía, que era muy miope y venía deslumbrada de la calle, entró en la espaciosa iglesia y comenzó a abrirse paso entre los fieles con la característica desconsideración y macizo egoísmo de muchas beatas.

Cuando estuvo satisfecha la Señora Marquesa de pisar callos y colas y de dar empujones y codazos, como al medio del camino del altar; se inclinó formando un arco parecido, en el ojo, a los de cualquier puente de primera clase.

Como quien busca algo que se le ha caído, miró mi tía de un lado a otro, decidiéndose, por fin, a tocar en el hombro de una garrida moza.

Andrea la pitillera se volvió con más premura que si le hubiesen puesto banderillas de fuego, tropezando su primorosa nariz con elafiligranado rosario de mi pariente, que preguntó en tono meloso:

—¿Quiere usted decirme si alcanzaré la misa?

Andrea miró a mi tía de abajo a arriba como hubiera hecho de encontrarse al pie de la Giralda, para ver el giraldillo, y respondió, recalcando mucho cada palabra:

—Ceñora... ¡pues si usted no la arcanza, quién va a arcanzarla!⁸⁰

Perteneciente a estas *Obras incompletas*, su legado humorístico para la posteridad, es el siguiente chascarrillo. Se titula *Las tres potencias de un alma... de cántaro* y es rigurosamente histórico y casi oftalmológico:

«Aragonés más cerrado que bolsa de prestamista, y tan inocentón como un niño de pecho, era Sixto nuestro obligado pasatiempo, mientras fumábamos, en los descansos del modelo.

⁸⁰ Se publicó primeramente en *De chicos y grandes. Op. Cit.* p.45.

Admitido en el estudio para limpiarlo por las mañanas, así como las paletas del maestro y de los discípulos, y relegado al recibimiento toda la tarde, menos en los indicados entreactos; Sixto se aburría allí de muerte, como un loro metido en su jaulón. Le estorbaba lo negro, y, por consiguiente, no podía echar mano del gran recurso de la lectura.

No sé si alguno de mis condiscípulos se lo aconsejó, o si fue suya la ocurrencia; pero es el caso que con la tenacidad proverbial en los de su tierra se propuso aprender de letras, como él decía.

Después de hacernos rogar mucho para oírle, consentimos, al fin, en enseñarle a leer entre cuatro y por turno.

A los tres meses, día más o menos, de ímprobo trabajo por ambas partes, había llegado Sixto a deletrear, él solito, sueltos enteros del periódico *El Imparcial*.

Estaba contentísimo, asegurando que nos debía casi tanto como a su madre, la que, entre paréntesis, murió al echarle al mundo.

Una mañana al entrar en el estudio, encontramos al pobre aragonés sumamente triste; no había quien le sacase del cuerpo dos palabras seguidas.

Nos pusimos delante del caballete respectivo, comentando mucho el caso, cuando, a la media hora de trabajo, se escucharon grandes sollozos en el recibimiento.

El maestro y los discípulos, paleta endedada, corrimos en auxilio de Sixto.

Con la cabeza entre las manos, y los codos sobre un veladorcillo lleno de periódicos e ilustraciones atrasadas, sentado en el banco, el pobre aragonés lloraba con indecible desesperación.

—¿Qué te sucede, mastuerzo?—le gritó el maestro—. Habla..., acaba de reventar.

—¡Ah, señor de mi alma, soy muy desgraciado; lo que a mi me sucede no le pasa a nadie!

—Pues ¿qué te pasa, infeliz?

—¡Que se me ha olvidado la lectura..., que ya no sé leer..., que no entiendo ni una letrica de este papel!!

Y, alzando la cabeza, cogió del velador, salpicado de lágrimas, y alargó al maestro un número del... *The Illustrated London News*.»⁸¹

⁸¹ Publicado primeramente en *De Chicos y Grandes. Op. Cit.* p.169.

El conde de las Navas no abandonó el placer de la conversación y la charla amena hasta el final de sus días. En medio de una reunión de amigos se encontraba en su salsa; siempre que se contaran, naturalmente, chistes picantes.

Los chistes y chascarrillos son un producto literario valioso, alimento nutritivo para la vida del espíritu. En tiempos recientes, Osho, maestro indio de sabiduría e iluminación, ha salpicado sus intervenciones públicas con innumerables chistes picantes, algunos de indudable genealogía mixta hindú y andaluza.

El chiste provoca la risa, muchas veces desternillante, donde el *riente* — como diría mi hija Sol— se abandona a una risa total, de todo el cuerpo, lo que constituye una experiencia meditativa. Ese abandono alegre y confiado nos comunica con el inconsciente cósmico y, de paso, con toda la creación.

El profesor Suzuki, autor del libro *El zen y la cultura japonesa*,⁸² distingue varios estratos de conciencia en la mente humana. El primero es el estrato consciente, en el que nos movemos habitualmente; el siguiente, de mayor profundidad, el semiconsciente o nivel de la memoria; el tercero, el inconsciente; el cuarto el inconsciente colectivo. Más allá está el inconsciente cósmico, el «taller de Dios donde almacena la fuerza que mueve el universo».

Según yo lo veo, el verdadero humor y la risa proceden de este último plano, del que surgen también la creatividad y el verdadero amor. Allí se produce la reunión del hombre con el universo. Desde esta última fuente manan el humor y la risa a modo, podríamos decir, de carcajada cósmica.

Jan A.R.A.M. Van Hoof, en una obra científica de gran actualidad afirma lo siguiente:

Quien se ríe ejecuta con el cuerpo y los brazos movimientos exagerados y aparentemente incontrolados, pero sin la tensión ni la rigidez que se observan en el caso de agresión o miedo. Muy al contrario, la risa que proviene del fondo del corazón se acompaña de una relajación general de los músculos, hasta tal punto que el que se ríe pierde el equilibrio y, a veces, debe apoyarse en uno de sus vecinos palmeándole la espalda.⁸³

⁸² SUZUKI, Daisetz T. *El zen y la cultura japonesa*. Ediciones Paidós Ibérica S.A. Barcelona 2005.

⁸³ VAN HOOFF, Jan A.R.A.M. Los orígenes de la humanidad. Bajo la dirección de Yves Coppens y Pascal Picq Tomo II (Lo propio del hombre). Capítulo 10: Reír y sonreír. p.397. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 2004.

Añade el autor que «según una idea muy extendida, el sentido del humor sería lo que nos distingue del resto del mundo animal». Así pues la conciencia de la realidad sería conciencia humorística y risa alegre y desbordante.

Otra risa muy diferente es la que se desata en los programas basura de la televisión actual, en respuesta a bajas pasiones y frustraciones colectivas, como ha observado con acierto Antonio García Trevijano.⁸⁴ Se trata de la bastarda pasión de reír producto de la indiferencia y la insensibilidad de la Transición, de la risa cruel y frívola de los adultos en una sociedad irresponsable.

Conviene recordar aquí, por venir como el guante a la mano, la máxima del sabio Epicteto: «No te rías con estrépito, ni a menudo, ni desmedidamente».⁸⁵ El autor estoico aconseja la moderación en el reír, pues la risa verdadera es la que surge espontáneamente, no la forzada, ni la falsa risa de la satisfacción pagada de sí misma o la llamada con acierto «risa boba».

El carácter místico o cósmico de la risa queda maravillosamente expresado en la bonita historia de la sucesión de Buda, que os voy a contar a mi manera:

Estando cercano ya el momento de morir, el maestro apareció un buen día entre sus seguidores, portando una flor de loto entre las manos. Sentado, la miraba fijamente. Todos comprendieron que se trataba de un momento decisivo. La flor de loto se había convertido en el símbolo de la sabiduría entre ellos. Muchos eran los que deseaban recibirla, ya que este privilegio llevaba asociado la sucesión».

La flor fue pasando de mano en mano. Los seguidores más inteligentes y otros grandes sabios allí presentes, trataron de explicar el significado de la misma, lo que representaba, cuál era su importancia. Se dijeron inspiradísimos discursos y se dieron profundas explicaciones. Pero Buda seguía callado, no decía absolutamente nada, no contestaba. El tiempo pasaba y se estaba creando una atmósfera de gran tensión.

⁸⁴ GARCÍA-TREVIJANO, Antonio. *Pasiones de servidumbre*. Foca, S.L. Madrid, 2000. Pp. 134-140.

⁸⁵ EPICTETO. *Manual de Epicteto, seguido de la Tabla de Cebes*. Montaner y Simón, S.A. Capítulo XXXIII, máxima n.º 4. p.80 Barcelona, 1943.

De pronto, desde la última fila que rodeaba al maestro, se oyó la risa incontenible de Mahakashyapa, que no pudiendo aguantar por más tiempo la situación se reía a carcajadas. Entonces Buda le llamó, entregándole la flor de loto y diciendo: “A vosotros os he dado todo lo que se puede dar con palabras, pero con esta flor entrego a Mahakashyapa la llave de todas las enseñanzas.” Así se convirtió este en el primer maestro del zen.⁸⁶

Es muy posible que el silencio de Buda fuese, precisamente, el secreto que trataba de transmitir a sus seguidores, pero estos no fueron capaces de comprenderlo, excepto el discípulo más silencioso de todos, el que, durante años apenas había abierto la boca, y se había iluminado en silencio junto al maestro. Por eso no pudo resistir una situación tan ridícula y, sin poder contenerse, se rió estrepitosamente.⁸⁷

El único secreto de la existencia, a mi juicio, es que no hay ningún secreto. Y, claro, al caer en la cuenta te entra un ataque de risa: ¡tantos hombres, durante tantos siglos buscándolo! Es para matarse... de risa.

Más aún, en la risa puede verse la clave misma de la existencia, junto con el silencio, el polo opuesto. Ambos estados, silente y riendo, constituirían los polos interno y externo, respectivamente de la vida.

Dice Osho: «Silencio y risa son la llave, silencio por dentro y risa por fuera. Y cuando la risa viene del silencio no es de este mundo, es divina... Cuando la risa sale del silencio no te estás riendo a costa de nadie, sencillamente te estas riendo de todo el chiste cósmico... Cuando el silencio es demasiado grande se convierte en risa; está tan desbordado que empieza a derramarse por todas partes. Se rió. Debió ser una risa loca, y en esa risa no había ningún Mahakashyapa. El silencio reía, el silencio había llegado a su florecimiento».⁸⁸

En la célebre historia de *El buey y el boyero* (*Una antigua historia zen de China*), al conseguir el boyero el dominio del ego, representado por el buey, previamente a la iluminación definitiva, sucede que «bajo los árboles otras personas se encuentran con su sonora risa» Se acaba de enterar, ha cogido el chiste.⁸⁹

⁸⁶ Zen, su historia y enseñanzas. Madrid: GAIA Ediciones. 2004. Véase el capítulo *La semilla del zen*, Pp.18-31.

⁸⁷ OSHO. Zen, su historia y enseñanzas. GAIA Ediciones. Madrid, 2004: Véase el capítulo *La semilla del zen*. pp. 18-31.

⁸⁸ Zen, su historia y enseñanzas. Op. Cit. p.27.

⁸⁹ UEDA SHIZUTERU. Zen y filosofía. Herder Editorial S.L. Barcelona, 2004. p.147.

Si Jesucristo, nuestro Señor, se rió alguna vez o no, puede ser tema interesante para una breve reflexión. En opinión del conde de las Navas, «solo Jesús no rió jamás porque nada podía sorprenderle, ni tampoco hizo reír porque la excelsitud de su misión no se compadecía con el chiste». Y quizás tenga razón Osho cuando dice que una persona de la sensibilidad de Jesús, preocupado siempre por la salvación de los demás, necesariamente había de estar triste y no podía reír. Y no era para menos, tal como estaba el patio. Es cierto que Jesús se fue cargando poco a poco de penas, pero estoy convencido de que en el fondo de su corazón habitaba una alegría tan grande, capaz de traspasar esa corteza de dolor que lo envolvía y de convertirse al menos en una magnífica sonrisa. No en vano fue amigo de los niños en una sociedad que los relegaba. No olvidemos que la infancia es el reino donde la risa y alegría imperan de forma natural.

No es pues anecdótico ni de menor importancia que el principal legado a la posteridad del conde de las Navas hayan sido los chascarrillos propios y ajenos, que tan magistralmente sabía contar para delicia de oyentes y lectores. Es natural que el conde fuera requerido como contertuliano por los círculos más selectos de la sociedad de la época. Este era uno de sus secretos, como también lo fue de Valera. Aunque a primera vista pueda parecer contradictorio, ambos poseyeron una marcada vena mística, salpimentada con enormes dosis de simpatía, alegría y buen humor, a la que dieron rienda suelta principalmente en tertulias y reuniones y llevaron también a los libros en forma de chascarrillos.

Pero ya basta, no quiero cansaros más o parecer impertinente, ni que tengáis que decirme, como la gitana granadina, gran contadora de cuentos, la tía Norica:

«Para el carro, colegiá, porque ci vas a emparmarla con tus literaturas y sitas –que sitas más que Joselito y los jusgaos– yo no meto mi cuchara en un cestone».

Y para terminar mi intervención, me tomaré la libertad de contaros un último chascarrillo del conde de las Navas, titulado *Miserere nobis*:

Vivían en el pueblo dos viejas hermanas, las cuales, en sus buenos tiempos, habían sido más alegres que un collar de cascabeles. Hartas de solomillo, se contentaban ahora con cordilla, y metidas a beatas, vivían de una modestísima pensión que el Párroco les pasaba de los fondos destinados a limosnas.

Murió el excelente sacerdote, y su sucesor, dispuesto a llevar a cabo, como todos los Ministros de Hacienda, ¡Dios ponga tiento en sus manos!, reformas y economías; al examinar las cuentas parroquiales, tachó de un plumazo la partida relativa a las mentadas viejas, comunicándoles que ya podían buscarse la vida de otro modo.

Después de discurrir mucho sobre su infortunio, decidieron las infelices acudir al Prelado; pero como no sabían escribir, encomendaron la redacción de la solicitud al señor Cura por aquel paso, tomándolo a modo de apelación de la sentencia recaída.

El sacristán endilgó la instancia en la forma que sigue: «Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo: El Párroco de este pueblo, que falleció poco ha, era un agnus dei, el de ahora es un qui tollis, y como nosotras no estamos ya para peccata mundi... miserere nobis.»⁹⁰

Queridos amigos, estoy convencido de que cuando nuestras obras no son malas, al final solo queda la alegría. Esto es lo que yo querría que hoy sucediera aquí, entre nosotros, si, como le pidió el sacristán al obispo, sois misericordiosos y perdonáis mi atrevimiento.

Manuel Ambite vino a recibirme a la puerta de toriles, me dio los primeros capotazos y dejó que Antonio Castillo concluyera ahora con el trámite de la puntilla. Es más, me prometió que, siendo un maestro, lo haría estupendamente después de la desmadejada faena que, como el pobre Pinto, os ha brindado el que hoy toma la alternativa en esta plaza.

Muchísimas gracias de nuevo.

Contestación del Dr. Antonio Castillo Ojugas.

Presidente de la Asociación de Médicos Escritores y Artistas.

Cordial, agradable, simpático este gran discurso de ingreso del Dr. José María Aguilar Ortiz que por su enunciado, “De Chascarrillos y otras Zarandajas” iba a parecer superficial y ha resultado ser un profundo estudio sobre el humor, la risa y la sonrisa. El sujeto “riente”, como dice su hija, no habrá quedado defraudado con esa serie de anécdotas y episodios tomados muchas veces de fuentes familiares y escritos protagonizados por dos colosos literarios como fueron don Juan Valera y el conde las Navas.

Muy emotivo el recuerdo que el Dr. Aguilar hace de su padre, el Dr. José María Aguilar Bartolomé, mi admirado compañero durante algunos años

⁹⁰ *Obras Incompletas. Op. Cit.* p.205.

en el Hospital, entonces llamado 1º, y poco de irse él, 12 de octubre, por algo sería. Gran oftalmólogo, hombre culto, habilidoso con múltiples actividades y con ese humor genético, “hijos míos, lo peor no es morir, sino el papeleo”...eso es genial. Querido José María, ¡qué difícil nos lo han puesto los que somos hijos de padres ilustres!...Pues ¿y cuándo llega un enfermo a la consulta y dice, “¡su padre si que era un buen médico!”...

Bien, pues como el Dr. Aguilar ha disertado amplia y eruditamente sobre chascarrillos, a mí me ha dejado las jerigonzas.

¿Qué es una jerigonza? El escritor madrileño Emilio Carrère dice que es una jerga compuesta de gabacho, guatemalteco y castellano, pero en el Diccionario de la Real Academia, jeringonza es algo sin importancia o baladí y en una segunda acepción, son los desechos de las vísceras, son muy apetitosas bien condimentadas: los callos, los sesos, las criadillas, las mollejas...

Por eso voy a dedicar mi contestación al más modesto género poético como es la poesía humorística y dentro de ella, al epigrama, que es una jeringonza poética pero que bien aderezada, puede resultar muy sabrosa. Voy a citar algunos que escribieron personajes en torno a los mencionados Juan Valera y el conde de las Navas. Sin embargo como el primero nació en 1824 y el segundo murió en 1935, son muchos años y de momento me voy a centrar en esa época anterior de 1900.

Epigrama inicialmente era una frase breve que se escribía o grababa en la base de un monumento o estatua. Tenía que ser muy corta y muy intencionada. Tomás de Iriarte, el célebre epigramista del siglo XVIII, aquél de “Admiróse un portugués, al ver que desde su tierna infancia, todos los niños en Francia sabían hablar francés”, lo definió admirablemente:

A la abeja semejante
para que cause placer,
el epigrama ha de ser,
pequeño, dulce y picante.

Y como estamos entre médicos, vamos a comenzar con el que escribió el literato Bretón de los Herreros contra su vecino el Dr. Pedro Mata, catedrático de Medicina Legal en el vecino San Carlos, hombre de variopintos saberes, que además del Tratado de su Especialidad, escribió una Historia de la Ópera, algunas comedias, fue gobernador civil de Madrid durante el reinado de don Amadeo I, se jactaba de versificar bella y largamente y Bretón, cansado de que los clientes del Dr. Mata que se dedicaba también a la psiquiatría, se equivocaran una y otra vez llamando a su puerta, colgó el

con poses heroicas y trágicas y multitudes al fondo apenas esbozadas, Ramos Carrión, el conocido libretista de la Viejecita, Marina, Los sobrinos del Capitán Grant, etc, escribe:

Figuras, mas de un millar,
sin formas y sin acabar
ha dejado aquí el artista
pero se le debe dar,
el premio de colorista.

Y ante “La última comunión de San Fernando”, de Virgilio Matón; enorme cuadro de 4 metros de alto por 7,5 de ancho, le larga el poeta Segovia Ricaberti:

Grande en todo se revela
el pintor en nada parco,
mucho estudio, mucha tela,
mucho arte...y mucho marco.

Otra moda fue la de poner en verso las lecciones, como aquella anatomía que no encuentro en mi atestada biblioteca, explicando los huesos del carpo, o los músculos de la pantorrilla con aquél “delgadito plantar”. Hay otros en los “Pitorreos médicos quirúrgicos” que en 1883 publicó el Dr. Abella.

Para finalizar, citaré dos pequeñas composiciones del Dr. Vital Aza. De cuyo hijo, miembro de nuestra Asociación, recogió mi padre.

Ante la dificultad de buscar una consonante a lápiz, rápidamente improvisó:

Al escribir con el lápiz
he cometido un desliz,
por haber escrito “tápiz”
en vez de poner tapiz.

Y también improvisó este otro:

Por un puntillo de honor,
me propongo demostrar
que el hacer una quintilla
es la cosa más sencilla
que se puede imaginar.

Señoras y señores, creo que hemos pasado una velada muy entretenida. Unas veces nos hemos sonreído, que es la forma culta y educada de la risa, otras hemos reído a carcajadas, que es un ejercicio fisiológico para cambiar el aire enrarecido de nuestros pulmones y expulsar los malos pensamientos de nuestro cerebro.

Muchas gracias a todos ustedes.